

## ROMANCE QUINTO

EL CADÁVER. - EL FUGITIVO. - EL MUERTO

A la mañana siguiente,  
 Cuando fué devoto pueblo  
 A oír la misa del alba  
 De Santa María al templo,

En aquella corta calle,  
 Más bien callejon estrecho,  
 Que por detrás de la iglesia  
 Sale frente á los Consejos,

Se halló tendido un cadáver,  
 De un lago de sangre en medio,  
 Con dos heridas de daga  
 En el costado y el pecho.

Pronto fué reconocido  
 Por el de Juan de Escobedo,  
 Del insigne don Juan de Austria  
 Secretario y camarero.

Y como aún rico ostentaba  
 La cadena de oro al cuello,  
 Y magníficos diamantes  
 En los puños y en los dedos,  
 Que obra no fué de ladrones  
 Se aseguró desde luégo;

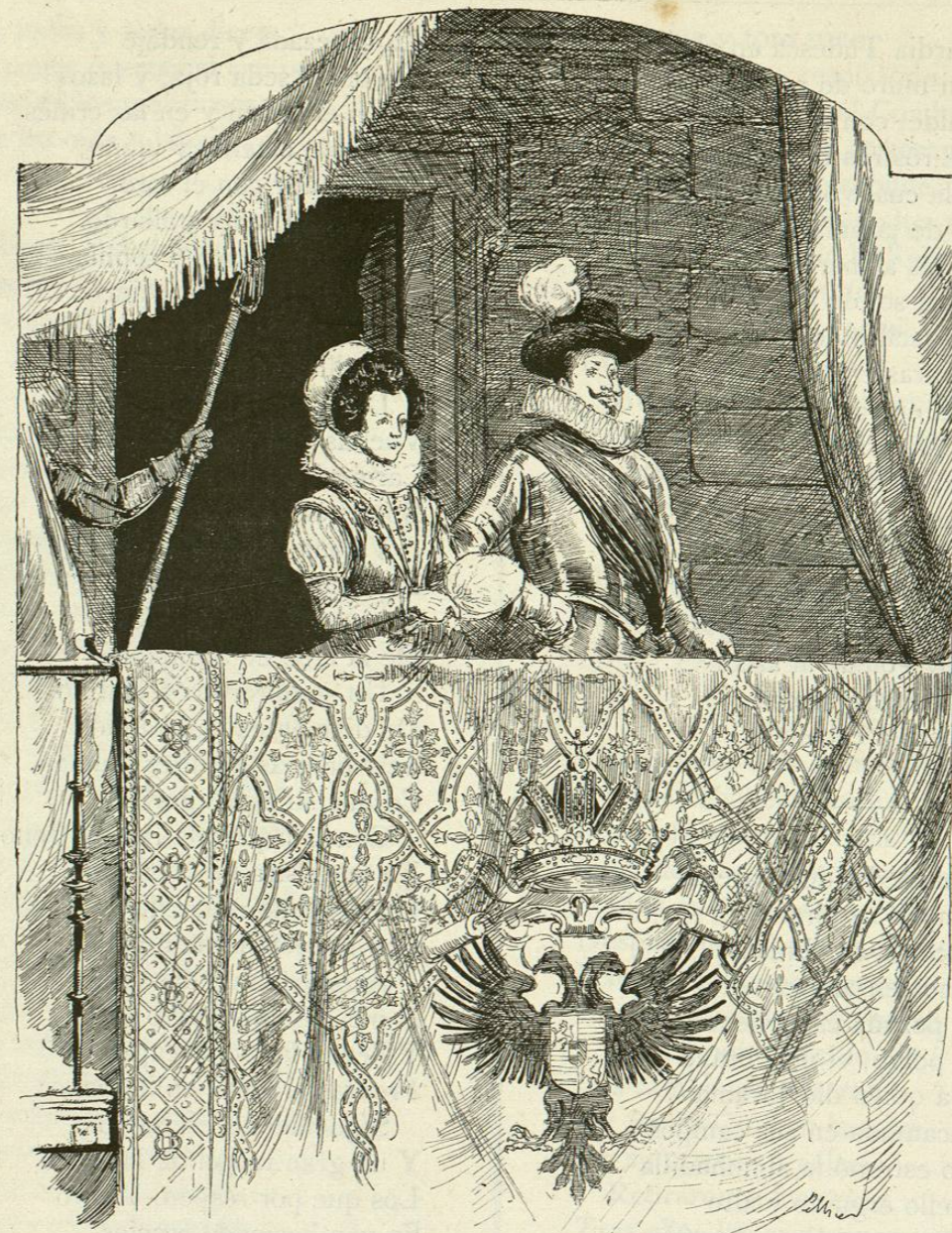
El horrible asesinato  
 Que á Madrid cubrió de duelo.

Fugitivo á pocos meses  
 Antonio Perez, el reino  
 De Aragon turbó con bandos  
 Y desastrosos sucesos;

Y condenado y proscrito,  
 Pobre, aborrecido, enfermo,  
 Murió en la mayor miseria  
 En países extranjeros.

Y despues de algunos años,  
 El rey Felipe ya viejo,  
 Arrebatóle la muerte  
 A dar cuenta al Sér supremo.

Dónde se habrán encontrado  
 Los tres, tan sólo saberlo  
 Puede Dios, mas yo imagino  
 Que habrá sido en el infierno.



## EL CONDE DE VILLAMEDIANA

## ROMANCE PRIMERO

LOS TOROS

Está en la plaza Mayor  
 Todo Madrid celebrando  
 Con un festejo los dias  
 De su rey Felipe cuarto.

Este ocupa, con la reina  
 Y los jefes de palacio,  
 El regio balcon vestido  
 De tapices y brocados.

En los otros, que hermosean  
 Reposteros y damascos,  
 Los grandes con sus señoras,  
 Y los nobles cortesanos,

Ostentan soberbias galas,  
 Terciopelos y penachos.  
 Las damas y caballeros  
 Llenan los segundos altos,  
 Y de fiesta gran gentío  
 Los barandales y andamios,  
 Jardin do á impulso del viento  
 Ondean colores varios.

Ante la Panadería,  
 Del balcon del Rey debajo,  
 Y de espalda á la barrera,  
 En la arena del estadio,

La guardia Tudesca en ala,  
 Parece un muro de paño  
 Rojo y jalde, con cornisa  
 Hecha de rostros humanos,  
 Sobre la cual vuelan plumas  
 En lugar de jaramagos,  
 Y brillan las alabardas  
 Heridas del sol de mayo,  
 Los alguaciles de corte  
 Con sus varas en la mano,  
 A la jineta en rocines,  
 Están en fila á los lados.  
 El Rey, la Reina, los grandes,  
 Las damas, los cortesanos,  
 Los tudescos y alguaciles,  
 El inmenso pueblo, y cuantos  
 En la plaza están, los ojos  
 Tornan de Toledo al arco,  
 Por cuya barrera asoma  
 Un caballero á caballo.

Vese en medio de la arena,  
 Furia y humo respirando,  
 Los ojos como dos brasas,  
 Los cuernos ensangrentados,  
 Con la pezuña esparciendo  
 Ardiente polvo, el más bravo  
 Retinto, á quien dió Jarama  
 Yerba encantada en sus campos.  
 Aún no estrenó la almohadilla  
 De su cuello erguido y alto  
 Hierro alguno, ni ha embestido  
 Una sola vez en vano.  
 Entre capas desgarradas  
 Y moribundos caballos,  
 Se ostenta como el guerrero  
 Que se corona de lauro,  
 Entre rendidos pendones,  
 Sobre muros derribados;  
 Del genio del exterminio  
 Parece emblema y retrato.

En un tordillo fogoso,  
 De africana yegua parto,  
 Que de alba espuma salpica  
 El pretal, el pecho y brazos;  
 Que desdeñoso la tierra  
 Hiere á compás con los cascos;  
 Que una purpúrea gualdrapa  
 Con primorosos recamos,  
 De felpa y ante la silla,  
 En el testero un penacho,

La cabezada y rendaje  
 De oro y seda roja, y lazos  
 En el codon y en las crines  
 Soberbio ostenta y ufano;  
 A combatir con el toro  
 Sale aquel señor gallardo.  
 Viste una capa y ropilla  
 De terciopelo más blanco  
 Que la nieve, de oro y perlas  
 Trencillas y pasamanos;  
 Las cuchilladas, aforros,  
 Vueltas y faja, de raso  
 Carmesi; calzas de punto,  
 Borceguies datilados,  
 Valona y puños de encaje;  
 Esparcen reflejos claros  
 En su pecho los rubies  
 De la cruz de Santiago.  
 Un sombrero con cintillo  
 De diamantes, sujetando  
 Seis blancas gentiles plumas,  
 Corona su noble garbo.  
 Con la izquierda rige el freno,  
 En la diestra lleva en alto  
 Un pequeño rejoncillo  
 Con la cuchilla de á palmo.  
 Acompáñanle dos pajes  
 A pié, de uno y otro lado;  
 Y llevan las rojas capas  
 Prontas al lance en la mano:  
 Síguenle sus escuderos  
 Y un gran tropel de lacayos,  
 Los que por respeto al toro  
 Se van haciendo reacios.

Puesto en medio de la plaza  
 Personaje tan bizarro,  
 Saluda al Rey y á la Reina  
 Con gentil desembarazo.  
 Aquel, serio corresponde,  
 Esta muestra sobresalto,  
 Miéntas el concurso inmenso  
 Prorrumpe en vivas y aplausos.  
 Era el gran don Juan de Tarsis,  
 Caballero cortesano,  
 Conde de Villamediana,  
 De Madrid y España encanto  
 Por su esclarecido ingenio,  
 Por su generoso trato,  
 Por su gallarda presencia,  
 Por su discrecion y fausto.  
 Gran favor se le supone,  
 Aunque secreto, en palacio,  
 Pues susurran malas lenguas...  
 Pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,  
 Y es poner puertas al campo,  
 Querer de los maliciosos  
 Sellar los ojos y labios.

Valiente Villamediana,  
 Cortas las riendas, y bajo  
 Del rejoncillo el acero,  
 Vase al toro paso á paso.  
 Este cabecea, bufa,  
 La tierra escarba marrajo,  
 Y espera instante oportuno  
 En que partir como el rayo.  
 El paje de la derecha  
 Con grande soltura y garbo  
 A la fiera irrita y llama,  
 La capa ante ella ondeando.  
 Embiste pues, el jinete  
 Tuerce el bridon, de soslayo  
 Pasa el toro, el otro paje  
 Con la capa hace un engaño,  
 Y lo revuelve, y de nuevo  
 Lo para. Determinado  
 Le ostiga de frente el Conde;  
 Torna á embestir rebramando  
 El jarameño; parece  
 Que el caballo y caballero  
 Van á volar á las nubes,  
 Cuando de la fiera intactos  
 En primorosas corvetas  
 Se separan y con saltos.  
 Un punto el toro vacila  
 Bramido ronco lanzando,  
 Y desplómase en la tierra,  
 Haciendo de sangre un lago  
 Con el torrente que brota  
 Por la cerviz, do clavado  
 Medio rejon aparece,  
 Que el otro medio en la mano  
 Del noble y valiente Conde  
 Va al concurso saludando.  
 Por balcones y barandas,  
 Vallas, barreras y andamios,  
 Formando una riza nube,  
 Ondeán pañuelos blancos;  
 Y, ¡viva! el pueblo, repite,  
 Y los caballeros, ¡bravo!  
 Y ¡qué galan! las mujeres,  
 Haciendo lenguas las manos.  
 La Reina, que sin aliento  
 Los ojos desencajados

En jinete y toro tuvo,  
 Vuelve, ansiosa respirando;  
 «¡Qué bien pica el Conde!» dice,  
 Y, «muy bien,» los cortesanos  
 Repiten. El Rey responde:  
 «Bien pica, pero muy alto:»  
 Y en el rostro de la Reina  
 Clavó los ojos un rato.  
 Esta demudóse, y todos  
 Los señores de palacio,  
 En quienes opinion propia  
 Fuera un peregrino hallazgo,  
 Repitieron, no sabiendo  
 Lo que decian acaso,  
 Y de entrambas majestades  
 Queriendo seguir el rastro:  
 «Pica muy bien; mas debiera  
 Haber picado más bajo.»

Dos toros más se corrieron,  
 En que caballeros varios  
 Con gala y con valentía  
 Gran destreza demostraron;  
 Mas es pretender lucirlo  
 Despues del Conde gallardo,  
 Exceso del amor propio,  
 Cuyos esfuerzos son vanos.  
 Ser en punto medio día  
 Las campanas avisaron  
 De Santa Cruz en la torre.  
 En su carroza á palacio  
 Retiráronse los reyes,  
 Tras ellos los cortesanos,  
 Y aquel inmenso gentío,  
 La plaza desocupando,  
 Se apiñó en arcos y puertas,  
 Haciendo un todo compacto,  
 Que por las primeras calles  
 Rompió, que luégo en pedazos  
 Por otras más dividióse,  
 Despues en grupos, que al cabo  
 Reducidos á familias,  
 Muy pronto se dispersaron.  
 Tal vez así se desagua  
 Un artificial pantano,  
 Cuando se abren las compuertas  
 Del malecon, y apretados  
 Torrentes por ellas salen,  
 Que luégo en arroyos varios  
 Se dividen, y se pierden  
 Finalmente por los campos.

## ROMANCE SEGUNDO

## LAS MÁSCARAS Y CAÑAS

Siguió el festejo á la tarde,  
Y llenóse la gran plaza  
Con el pueblo y con la corte,  
Cual lo estuvo la mañana.

Magníficas son las fiestas  
Que la régia villa paga,  
Para celebrar el nombre  
Del poderoso monarca.

De clarines y timbales  
Al són que asorda las auras,  
Y al de orquestas numerosas,  
Que entonan guerrera marcha,  
En órden y á lento paso  
Numerosas mascaradas  
Entran por partes distintas  
Y al Rey y á la Reina acatan.

De los reinos diferentes  
Que el reino forman de España,  
Ostenta cada cuadrilla  
Distintivos y antiguallas,  
Arbolando un estandarte  
Con el blason de sus armas;  
Y de su música propia,  
Al compás de las sonatas.

Mézclanse ligeras luégo,  
Formando mímica danza,  
En concertado desórden  
De figuras ensayadas.

Los cascos y coseletes  
De la indómita Cantabria,  
De los fieles castellanos  
Las dobles cueras y calzas:

Las fulgentes armaduras,  
De los infanzones gala,  
Del ligero valenciano  
Los zaragüelles y mantas:

De chistosos andaluces  
Los sombrerones y capas,  
Y las chupas con hombreras  
Y con caireles de plata:

Los turbantes granadinos,  
Jubas, albornoces, fajas:  
Los terciopelos y sedas  
De vestes napolitanas;

De la Bélgica los sayos  
Con sus encajes y randas,  
Los milaneses justillos  
Con las chambergas casacas,

Y las esplendentes plumas  
Teñidas de tintas varias,  
Con los arcos y las flechas  
Que el cacique indiano gasta;

Forman un todo indeciso  
Que cubre la extensa plaza  
De movibles resplandores,  
De confusion bigarrada.

Parece que está cubierta  
Con una alfombra persiana,  
Cuyos matices se mueven  
Al conjuro de una maga.

Aquí añafles moriscos,  
Allí tamboril y gaita,  
Más allá trompas guerreras,  
Acá sonoras flautas:

Las antárticas bocinas  
En un lado, las guitarras  
Y crótalos en el otro;  
Los caracoles de caza

Forman estruendo confuso  
En que ya el acorde falta,  
Y que llenando el espacio  
Aún más aturde que halaga.

Por fin, terminado el baile  
Sepáranse las comparsas,  
Y hácia lados diferentes,  
En órden puestas, descansan.

Y cada una se dirige,  
Segun la suerte la llama,  
A saludar á los Reyes  
Con solemnidad y pausa,

Y doblando la rodilla,  
Ofrecen á su monarca  
Un rico don de productos  
De aquel reino que retratan.

Despejando luégo todas,  
El circo desembarazan  
A los nobles caballeros  
Que salen á correr cañas.

Por la izquierda y la derecha  
A un tiempo entraron galanas  
Dos diferentes cuadrillas  
Que á unirse en el centro marchan.

Compónese cada una,  
Compitiendo en garbo y gala,

De doce nobles jinetes  
Que de dos en dos avanzan.

El conde de Orgaz, mancebo  
De gentileza y de gracia,  
Es caudillo de la una;  
De la otra es Villamediana.

Aquél, en caballo negro  
Enjaezado de plata,  
De terciopelo amarillo  
Con celestes cuchilladas,

Vestido sale: figura  
Con argentinas escamas  
Peto y espaldar, y azules  
Lleva plumas y gualdrapa.

Este, en un caballo blanco,  
Cuya crin el oro enlaza,  
Ostenta un rico vestido  
De terciopelo escarlata:

El arnés de hojuelas de oro  
Y de rica seda blanca,  
Con brillantes bordaduras  
Los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas  
Hácia el régio balcon ambas,  
Al paso, la pista siguen  
De los jefes que las mandan;

Y el concurso en gran silencio  
Curioso la vista clava  
De los dos gallardos Condes  
En las brillantes adargas;

Pues logrando de discretos  
Y de enamorados fama,  
Interesa á todo el mundo  
Ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,  
De la que el vuelo levanta  
El fénix con este mote:  
*Me da vida quien me abrasa.*

Un letrado solamente  
Es la de Villamediana  
Que dice: *Son mis amores...*  
Y luégo reales de plata

Puestos cual si fueran letras,  
Con que aquel renglon acaba.  
La empresa de Orgaz la entienden  
Todos, y aciertan la llama

Que le da vida y le quema.  
La del de Villamediana  
Despierta más confusiones,  
Aunque es en verdad bien clara.

Propension funesta tiene  
El jóven galan que alcanza  
Favores de una señora,  
A la par hermosa y alta,

De publicarlos al punto  
Y de sacarlos á plaza:

Vanidad de enamorados  
Que en peligros no repara.

Muchos el sentido entienden  
Que las monedas declaran;  
Mas por miedo disimulan  
Y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan  
Los cascos por descifrarla.  
*Son mis amores dinero,*  
Repiten; pero no cuadra

Con el carácter del Conde  
Esta explicacion villana.  
*Mis amores efectivos*  
*Son,* dicen otros: ¡bobada!

Velasquillo el contrahecho,  
Enano y bufon que alcanza,  
No sin despertar envidia,  
Gran favor con el Monarca,

A disgusto de los Grandes  
En el balcon régio estaba,  
Malicias diciendo y chistes,  
Con insolencia y con gracia.

Y ó por faltarle su astucia  
Entónces, ó porque trata  
De vengarse del desprecio  
Con que la Reina le acaba;

O porque ve de mal ojo  
Al noble Villamediana,  
O por gusto de hacer daño,  
Que es de tales bichos ansia,

Dijo: «Ta, ta; ya comprendo  
Lo que dice aquella adarga:  
*Son mis amores reales,*»  
Y soltó la carcajada.

Trémulo el Rey y amarillo,  
Y conteniendo la saña,  
«¡Pues yo se los haré cuartos!»  
Respondió al punto en voz baja.

Lo oyó la Reina, y quedóse  
Inmóvil como una estatua,  
Pálida como la muerte,  
Hecha pedazos el alma.

Las cuadrillas empuñando,  
En vez de robustas lanzas,  
De cintas y oro vestidas  
Leves quebradizas cañas,

Se embistieron... Imposible  
Es ya que encuentre palabras  
Con que describir la fiesta:  
Mi atencion la Reina embarga.

¡Pobre señora! Tampoco  
Merece versos y fama  
Tal diversion, ya reflejo  
Débil, copia degradada